

Please cite the Published Version

Puig, I (2001) Imagen y significado de la ciudad de Roma en las Novelas ejemplares. In: Cervantes en Italia, 27 September 2001 - 29 September 2001, Rome.

Publisher: Asociación de Cervantistas

Version: Published Version

Downloaded from: <https://e-space.mmu.ac.uk/123029/>

Usage rights: © In Copyright

Enquiries:

If you have questions about this document, contact openresearch@mmu.ac.uk. Please include the URL of the record in e-space. If you believe that your, or a third party's rights have been compromised through this document please see our Take Down policy (available from <https://www.mmu.ac.uk/library/using-the-library/policies-and-guidelines>)

IMAGEN Y SIGNIFICACIÓN DE LA CIUDAD DE ROMA EN LAS NOVELAS EJEMPLARES

Idoya Puig
Manchester Metropolitan University

Son frecuentes en las obras de Cervantes las referencias a ciudades y lugares geográficos de la época: en ocasiones los conoció personalmente y en otros casos, son lugares famosos e importantes del momento. Va de Flandes a Constantinopla, pasando por Nápoles, Lisboa, Londres o México. La oportunidad que ha brindado la *Asociación de cervantistas* con su X Coloquio sobre *Cervantes en Italia*, desarrollado en la misma ciudad de Roma, me ha llevado a centrar mi atención precisamente en el tratamiento de esta ciudad y, en concreto, en sus *Novelas ejemplares*.

La ciudad de Roma tiene interés por sí misma, por tratarse de una ciudad con un contenido histórico inigualable, y una significación religiosa también difícil de superar: elementos todos que justifican un acercamiento a las obras de Cervantes para ver y analizar qué imagen y comprensión se desprende de las referencias y descripciones de esta ciudad en sus obras.

Por razones de espacio y método, decidí centrar mi estudio en las *Novelas ejemplares*. Fue interesante descubrir, en primer lugar, que se pueden encontrar referencias a Roma en siete de las doce novelas cortas, aunque de muy diversa índole y relevancia: algunas son muy breves, pero otras más largas y con importante contenido y valor.

No es posible abarcar este tema sin mencionar previamente la otra obra de Cervantes en la que aparece en un lugar mucho más preminente y significativo, la ciudad de Roma: *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. El último libro de esta obra está situado en Roma y los protagonistas en los libros anteriores se dirigen hacia esta ciudad. En los últimos años, la crítica literaria ha dedicado amplia atención al *Persiles* que había sido una de las obras cervantinas menos estudiadas. Ahora bien, me atrevo a decir que considero más extensa y detallada la descripción física de Roma en las *Novelas ejemplares* que en el *Persiles*. En esta última, aunque Roma sirva de trasfondo de muchos episodios y esté presente en prácticamente toda la obra, los lugares descritos son pocos. Se mencionan algunas calles, la plaza del Popolo, la iglesia de San Pablo y poco más.¹ Como voy a mostrar a continuación, la descripción material de Roma que encontramos en *El licenciado Vidriera* es más detallada que la que se encuentra en el *Persiles*.

La significación en el *Persiles*, sin embargo es compleja y constituye una parte importante de los estudios críticos de esta obra: para algunos, como Alban K. Forcione que le ha dedicado amplia atención, el libro es una alegoría de vastas proporciones sobre la redención cristiana y un símbolo del catolicismo de la Contrarreforma, en la que la ciudad de Roma refleja y reúne estas ideas.² Este contenido ha sido discutido y otros críticos rechazan esta visión del *Persiles* que consideran tradicional y proponen una lectura subversiva de la novela.³ Para estos críticos Roma no es una ciudad ideal y meta espiritual de los protagonistas, sino más bien, un símbolo de corrupción y de los vicios de aquellos años.

Aunque esta opinión suponga una argumentación elaborada, no deja de ser divergente de lo que se aceptaba más comúnmente. Cervantes tiende a presentar una imagen bastante tradicional de Roma, aunque esto lleve a conclusiones más sencillas y para algunos quizá menos interesantes. En la España de Cervantes, el fervor religioso de la Contrarreforma se cierra a la ortodoxia y las interpretaciones que apoyen esta actitud no deben sorprendernos e intentar eludirlos.⁴

Roma ha sido asociada con una serie de imágenes que se han ido repitiendo a lo largo de los siglos y que han sido adoptadas por numerosos autores. Roma es la ciudad imperial, la capital del gran imperio romano. Sus ruinas han sido símbolo constante de este pasado glorioso que sigue haciendo a la ciudad un lugar grandioso. Encontramos el origen de esta tradición en los grandes poetas de la época augustea, Virgilio entre los más representativos, que fueron creando la leyenda del nacimiento de Roma. A partir de ese momento, se establecen ciertos símbolos que no dejarán de aparecer como representaciones del poder y la religiosidad del pueblo romano: la cabaña de Rómulo, el monte capitolino y los edificios antiguos y ruinas de Roma. Esta concepción de Roma adquiere con la expansión del imperio, un carácter cada vez más universal y se la empieza a denominar *caput urbis terrarum*.⁵

Junto con la Roma clásica, aparece la Roma cristiana: la capital del imperio se convirtió en centro del cristianismo que también se extendió por todo el orbe conocido, a través de la infraestructura de carreteras y vías que el imperio había creado. De este modo, la Roma de los césares, llega a ser la Roma de los papas. San Agustín contribuye de manera especial con su *Ciudad de Dios* al fenómeno, tanto de universalización como de espiritualización, de la ciudad de Roma. Autores como Petrarca y Dante jugarán más tarde, en sus obras, con la fusión de estos dos mundos, consolidando esta característica representación de Roma.⁶

Teniendo en cuenta esta tradición, nos preguntamos ahora, ¿qué tipo de representación de Roma encontramos en las *Novelas ejemplares*? Empezando por las referencias más breves, vemos que en algunos casos, Cervantes tiene presente la Roma de la Antigüedad y la Roma como ciudad de poder y de importancia en la época, pero manteniendo la dimensión cristiana. Así, por ejemplo, en *La gitánilla*, sale una expresión que cita al emperador Nerón, en su faceta de destructor de Roma e, implícitamente, relacionado con su actitud de perseguidor de cristianos:

¡Que así tuviera yo atraillados cuantos gitanos hay en España, para acabar con ellos en un día, como Nerón quisiera con Roma, sin dar más de un golpe! (I, 152)⁷

La segunda referencia que se hace a Roma en esta novela, tiene una clara connotación cristiana, ya que hace referencia al martirio en esa ciudad de San Lorenzo. Una de las características más importantes de la Roma cristiana que Cervantes menciona con frecuencia, es que se trata de la ciudad de los mártires: “En esto, se llegó al templo / del Fénix santo que en Roma / fue abrasado, y quedó vivo / en la fama y en la gloria” (I, 83).

En *Rinconete* y *Cortadillo* se repite la referencia a Nerón con su directa asociación con la destrucción de Roma y su relación con los cristianos. Es la única referencia a Roma que encontramos en esta novela aunque aparece dos veces: “No

le abra a ese marinero de Tarpeya" (I, 258). Como explica Avalor-Arce en su nota a pie de página, es una modificación graciosa de un romance conocido que narraba la destrucción de Roma y empezaba diciendo "Mira Nero de Tarpeya".

En *Las dos doncellas*, aparece un grupo de viajeros que han sido asaltados por ladrones y uno de ellos venía de Roma: "Aquél decía que le pesaba más de una caja de *agnus* que de Roma traía que de otras infinitas cosas que llevaban" (III, 138). El *agnus* era una reliquia bendecida por el Papa y por tanto vemos de nuevo una alusión a la Roma cristiana característica de la época. Los protagonistas oyen hablar también de un "caballero que pasaba por embajador a Roma" (III, 136), lo cual refleja más bien el carácter de ciudad importante y de poder que constituía Roma, aunque en este caso no ofrezca ninguna connotación religiosa.

En *La fuerza de la sangre*, Rodolfo decide irse a Italia por insistencia de su padre que desea que viaje:

Muchos días había que tenía Rodolfo determinado de pasar a Italia, y su padre, que había estado en ella, se lo persuadía, diciéndole que no eran caballeros los que solamente lo eran en su patria, que era menester serlo también en las ajenas. Por estas y otras razones se dispuso la voluntad de Rodolfo de cumplir la de su padre, el cual le dio crédito de muchos dineros para Barcelona, Génova, Roma y Nápoles, y él, con dos de sus camaradas, se partió luego. (II, 156)

En este caso, Roma aparece como una ciudad de interés para viajar, parte importante del bagaje cultural de un caballero. Existía la tradición del viaje por el mundo como modo de educación para el ideal de caballero renacentista.⁸ Aunque esta novela presente fuertes connotaciones religiosas, Cervantes no aprovecha el viaje a Roma para darle una significación de peregrinaje, como ocurrirá en otras novelas.

La última referencia breve a Roma que tenemos en las *Novelas ejemplares* la encontramos en *La ilustre fregona* y otra vez adquiere un carácter jocoso. Se trata de una expresión coloquial, irónica pero dentro del contexto de un mundo católico: "En verdad que lo he de tomar despacio, que no vamos a Roma a alcanzar ninguna vacante" (III, 60). Avendaño ha llegado a la posada donde está Costanza y quiere quedarse unos días, mientras que Carriazo tiene prisa para ir a sus almadras. La vacante se refiere a algún puesto eclesiástico disponible en Roma.

En otras dos de las novelas encontramos citas más largas sobre la ciudad de Roma que paso ahora a considerar. La más extensa y detallada la encontramos, como ya indiqué, en *El licenciado Vidriera* y merece ser analizada con detenimiento. La motivación del viaje de Tomás Rodaja es, de nuevo, conocer mundo, señal de cultura y elemento importante en la formación de un caballero, según los parámetros de la época. Roma, es por tanto, al ser incluida en el itinerario, una ciudad que debe ser conocida.

Cervantes inicia la descripción calificando a la ciudad de "reina de las ciudades y señora del mundo". Toma la expresión clásica para introducirnos en la gran urbe: muestra desde el principio la máxima dignidad de la ciudad, que contrasta con las ciudades que ha presentado con anterioridad. Se da una gradación que parte de Luca

“ciudad pequeña pero muy bien hecha” (II, 111), continúa con Florencia y culmina en Roma.

Se sirve de tres verbos para sintetizar lo que se puede hacer: visitar, adorar, admirar: “Visitó sus templos, adoró sus reliquias y admiró su grandeza” (II, 111). Otra vez, aparece una gradación para resaltar la significación de la ciudad: no sólo se puede visitar (aspecto histórico-cultural), sino adorar (carácter religioso) e incluso admirar, calificación de fuerte contenido literario para Cervantes, en la que confluye lo extraordinario con lo real. A continuación, pasa al plano concreto:

Y así como por las uñas del león se viene en conocimiento de su grandeza y ferocidad, así él sacó la de Roma por sus despedazados mármoles, medias y enteras estatuas, por sus rotos arcos y derribadas termas, por sus magníficos pórticos y anfiteatros grandes, por su famoso y santo río, que siempre llena sus márgenes de aguas y las beatifica con las infinitas reliquias de cuerpos de mártires que en ellas tuvieron sepultura. (II, 111)

Cervantes utiliza las ruinas de los edificios, al igual que los clásicos, para descubrir el gran mundo de poder y grandeza que representan. Consigue pasar de la Roma clásica a la cristiana sin brusquedades ni rupturas: la Roma antigua es la Roma cristiana. El río Tíber, con ecos virgilianos, le sirve de elemento de enlace entre los dos mundos al estar siempre presente y fluyendo.

Hace referencia a algunas de las vías romanas, “la vía Apia, la Flaminia, la Julia, con otras de este jaez” (II, 111), que recuerdan la universalidad de este imperio que llegaba a todas las partes del mundo. De este modo, Cervantes pasa a descubrir la Roma cristiana, todavía ciñéndose a espacios concretos y localizables: contempla las colinas de Roma, que son también, causa de admiración:

Pues no le admiraba menos la división de sus montes dentro de sí misma: el Celio, el Quirinal y el Vaticano, con los otros cuatro, cuyos nombres manifiestan la grandeza y majestad romana. (II, 111)

La selección de colinas que realiza Cervantes es muy personal y difiere de la concepción clásica: no escoge las siete colinas de la Roma antigua, ni siquiera nombra la más representativa, el monte capitolino. En cambio, incluye la colina vaticana que no es una de las principales y agrupa a las demás en un genérico “los otros cuatro”.⁹ Cervantes revela de este modo la preeminencia religiosa de su visión de la ciudad. El resto de la descripción de Roma se aparta de los detalles exteriores y Cervantes caracteriza la Roma cristiana con las personas que la habitan: “Notó también la autoridad del Colegio de Cardenales, la majestad del Sumo Pontífice, el concurso y variedad de gentes y naciones” (II, 111). De algún modo, parece mostrar que la Roma cristiana vive porque está habitada por personas, mientras que la Roma antigua persiste en sus edificios. Resalta la universalidad de la ciudad y, por asociación, de la Iglesia, muy defendida en el momento contrarreformista en que nos encontramos.

Cervantes acaba su descripción de Roma con una nota más personal, de experiencia vivida en la Roma cristiana:

Todo lo miró, y notó y puso en su punto. Y habiendo andado la estación de las siete iglesias, y confesándose con un penitenciario, y besado el pie a Su Santidad, lleno de *agnusdeis* y cuentas determinó irse a Nápoles. (II, 112)

Cervantes retrata al peregrino de la época y enumera las tradiciones más características de este tipo de viajes a Roma. Esto enlaza con la última novela que queda por considerar, *La española inglesa*, porque completa esta imagen de peregrinación que acabamos de ver. *El licenciado Vidriera* da sobre todo, una presentación material de Roma, y *La española inglesa* ofrece con detalle la significación religiosa de la ciudad en la época de Cervantes.

Se ha señalado el paralelismo que se puede establecer entre esta novela corta y *El Persiles*: se trata prácticamente de un embrión de la obra póstuma de Cervantes. Aquí se alcanza la significación plena que Cervantes da a la ciudad de Roma en sus *Novelas ejemplares*: Ricaredo e Isabela acaban de casarse "por palabras de presente" jurando "por la fe católica (...) que guarda el Pontífice romano" (II, 83). A continuación, Ricaredo dice a sus padres que "no se casaría ni daría la mano a su esposa la escocesa sin haber primero ido a Roma a asegurar su conciencia" (II, 84). Roma es la ciudad de la Iglesia católica y el viaje de Ricaredo adquiere una connotación clara de peregrinación que incluye una purificación espiritual en esta ciudad.

El tema del viaje como búsqueda excede los límites de este artículo que encuentra sus orígenes en el éxodo del pueblo de Israel, guiado por Moisés, para llegar a la tierra prometida. En el Renacimiento hay modelos clásicos de peregrinos de la vida como Ulises y Eneas, pero el tema va adquiriendo un contenido específicamente contrarreformista. Se ve como un proceso de purificación para llegar a una meta espiritual, representada físicamente en Roma, y que mira a la vida eterna.¹⁰

La escena descrita en *La española inglesa* es muy parecida a la que hemos visto en *El licenciado Vidriera*. Son dos novelas muy distintas pero los dos peregrinos realizan las mismas acciones:

Por Francia llegué a Roma, donde se alegró mi alma y se fortaleció mi fe. Besé los pies al Sumo Pontífice, confesé mis pecados con el mayor penitenciario, absolvióme de ellos, y diome los recaudos necesarios que diesen fe de mi confesión y penitencia y de la reducción que había hecho a nuestra universal madre la Iglesia. Hecho esto, visité los lugares tan santos como innumerables que hay en aquella ciudad santa. (II, 95)

Tomás, asimismo, besa los pies del Pontífice, se confiesa y visita los santos lugares, en concreto las siete iglesias. Esto contrasta con la visita a Roma del Conde Arnesto, enemigo de Ricaredo, que acude a la ciudad por deseos de venganza: "más por ser curioso que por ser católico, entiendo que iba a Roma" (II, 96).

Estas tradiciones están asociadas con los peregrinajes a Roma en años jubilares. El primer jubileo, aunque era costumbre ya vivida entre los judíos, fue convocado por Bonifacio IV en el año 1300. Era una oportunidad para hacer penitencia y obtener perdón por pecados cometidos. En la época de Cervantes, se convocaba

cada 25 años. Por tanto, durante su vida, transcurrieron tres jubileos. El jubileo de 1550 fue convocado por Julio III y se desarrolló durante el Concilio de Trento. En este jubileo S. Felipe Neri, introdujo la tradición de visitar las siete iglesias, tal como refiere Cervantes en sus novelas.¹¹ Hasta la fecha era tradicional visitar las 4 basílicas mayores, y en este año se añaden otras tres, San Sebastián, San Lorenzo y Santa Cruz. En 1575 Gregorio XIII convoca un nuevo jubileo que fue de gran renovación espiritual característica de la Contrarreforma y en 1600 hubo otro jubileo, durante el pontificado de Clemente VII. Cervantes vivió en Roma, al servicio del cardenal Acquaviva del 1560 a 1570.¹² No se sabe con exactitud cuándo se enlista como soldado pero permanecerá activo hasta 1580: durante estos años haría puerto en ciudades italianas, y no es difícil suponer que viviría de cerca el jubileo de 1575.

Aparte de las visitas a los santos lugares, se menciona de forma explícita el requisito de la confesión de los pecados, motivo principal de la peregrinación jubilar. La costumbre de besar el pie del Sumo Pontífice se refiere a la devoción de besar la estatua de San Pedro que durante siglos ha sido venerada por peregrinos, tal como muestra el pie de bronce desgastado de la imagen.

Habría que concluir, por tanto, que la imagen y significación de Roma que Cervantes nos ofrece en las *Novelas ejemplares* es muy católica y contrarreformista. Cervantes incluye las tradiciones clásicas en su visión de la ciudad, integrándolas en su concepción de Roma como centro espiritual y escenario de costumbres cristianas.

NOTAS

¹ Edición de J. B. Avallé-Arce, Madrid: Castalia, 1970.

² *Cervantes, Aristotle and the "Persiles"*, Princeton: University Press, 1970 y *Cervantes' Christian Romance: A Study of "Persiles y Sigismunda"*, Princeton: University Press, 1972.

³ Un ejemplo representativo de esta postura lo encontramos en Diana de Armas Wilson, *Allegories of Love: Cervantes's Persiles and Sigismunda*, Princeton: University Press, 1991. Esta opinión es compartida, entre otros, por Ruth El Saffar en "Persiles' Retort: An Alchemical Angle on the Lovers' Labors", *Cervantes*, 10.1 (1990), 17-33 y David R. Castillo y Nicholas Spadaccini en "El antiutopismo en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*: Cervantes y el cervantismo actual", *Cervantes*, 20.1 (2000), 115-128.

⁴ Para una contextualización histórica de las novelas de peregrinos, ver Emilia I. Deffis de Calvo, *Viajeros, peregrinos y enamorados. La novela española de peregrinación del siglo XVII*, Pamplona: Euns, 1999.

⁵ Catharine Edwards, *Writing Rome: Textual Approaches to the City*, Cambridge: University Press, 1996.

⁶ Charles Till Davis, *Dante and the Idea of Rome*, Oxford: University Press, 1957.

⁷ La edición de las *Novelas ejemplares* utilizada en este artículo, es la de J. B. Avallé-Arce, Madrid: Castalia, 1987, 120-122. Al final de las referencias textuales se indica el volumen y la página correspondiente en paréntesis.

⁸ A. K. Forcione analiza esta tradición en *El licenciado Vidriera* donde Cervantes desarrolla y parodia este tema (*Cervantes and the Humanist Vision: A Study of Four Exemplary Novels*, Princeton: University Press, 1982); en esta línea se puede ver también

Georges Güntert, "El licenciado Vidriera: función y significado del viaje a Italia", *Semiótica Murcia*, 2, 831-841.

⁹ Las siete colinas o montes de la Roma clásica son: Aventino, Capitolio, Palatino, Celio, Esquilino, Quirinal y Viminal.

¹⁰ Son textos importantes para desarrollar este tema: S.C. Chew, *The Pilgrimage of Life. An Exploration into the Renaissance Mind*, New Haven: Yale University Press, 1962 y J.S. Hahn, *The Origins of the Baroque Concept of "Peregrinatio"*, Chapel Hill, 1973; ver también la obra citada de Deffis de Calvo, *Viajes, peregrinos y enamorados*.

¹¹ Hay bibliografía amplia sobre itinerarios de peregrinaciones cristianas. El precedente más antiguo se encuentra en la *Peregrinatio ad loca santa* de la Monja Eteria en el siglo IV. Para una comprensión de estas devociones y su origen, ver Jonathan Sumption, *Pilgrimage. An Image of Mediaeval Religion*, Totowa, N. J., 1975. Para una visión histórica centrada en la Roma actual, ver Paloma Gómez Borrero, *Caminando por Roma*, Barcelona: Plaza & Janés, 1999.

¹² Jean Canavaggio, *Cervantes, en busca del perfil perdido*, Madrid: Espasa-Calpe, 1992.